



LA PRINCESA DE EL SILENCIO

UN CUENTO ORIGINAL DE OTILIA CARACAS

Autora: Otilia Caracas

Edición: Lina Gaitán

Coordinación: Women's Link Worldwide y Asociación de Mujeres Afrodescendientes del Norte del Cauca

Corrección de estilo: Álvaro David Urrea

Ilustraciones: Fémias Ilustradas

Diagramación: Silvia Carolina López

Impresión: CMYK Diseños e Impresos S.A.S

El contenido de este documento está bajo licencia Creative Commons 4.0

ISBN 978-958-58169-4-7

Colombia, Julio 2019.

LA PRINCESA DE EL SILENCIO

UN CUENTO ORIGINAL DE OTILIA CARACAS



Érase una vez una niña llamada Mirta que vivía con su madre, sus hermanitos y su abuelita en una casita muy pobre en el corregimiento de La Balsa, una comunidad afrodescendiente a orillas del río Cauca. De todas las personas con quien vivía, su abuelita era a quien más quería.

Una noche, su abuelita le dijo:

—Mi princesa querida, ¿quieres ir a barequiar conmigo mañana?

—¡Sí, abuelita, yo quiero aprender! —contestó entusiasmada Mirta.

—Vamos a la cama que ya es hora de dormir, mañana toca madrugar —replicó la abuelita.

Llegó el amanecer y con él el canto del gallo desgañitado. Mirta se levantó entusiasmada y gritó:

—¡Abuelita, abuelita, ya amaneció!

—¡Sí mi princesa, llegó la hora, nos iremos en compañía de nuestras vecinas, las encontraremos en el camino.

Juntas salieron de la casa, mientras caminaban las fueron encontrando y la abuela las iba llamando a cada una:

—¡Juana!, ¡Mariana!, ¡Camila!, ¡Jacinta!, ¡Ana!, ¡Julia! Vamos pues, que ya amaneció, llegó la hora de barequiar, el río Cauca nos espera ya.

Llegaron al río y empezaron la labor. La abuelita le dijo a Mirta:

—Agarrá la batea mi niña, vamos a comenzar y con este almocafre la tierra vamos a raspar, sin parar nos ponemos con energía a trabajar para a nuestras casas el sustento llevar.



Mirta contenta veía cómo su abuelita le ponía un montón de tierra en la batea y se la daba, diciendo:

—Corre ya, mojá tu batea
que el río Cauca no demora en crecer
y zambullir no es para cualquiera,
lavá esa tierra con curia, Mirta,
porque de lavar brusco y rápido
nomás queda el fondo lavao.

Mirta lavó la tierra con mucha dedicación y logró coger un poquito de oro. Gritó, se rio, lo disfrutó por una hora. Pero inmediatamente quiso ir a jugar y se zambulló con energía en el río, despreocupada de cualquier cosa.

Mientras barequeaba, su abuelita la observaba de reojo jugar. Depronto, todas las mujeres vieron que el río crecía y se comentaron:

—Con el río Cauca crecido
se termina la labor,
vamos pues comadres
que otra faena mañana espera.

Entre versos y risas todas comentan:

—Ay sí hija y zambullir no es para cualquiera.
—Zambulle, zambulle, zambulle tu batea.

Esa noche, el cansancio y los años le pesaban a la abuelita más que nunca y un pensamiento la atormentaba: ¿qué sería de su princesa Mirta, tan tierna y tan dulce, en el futuro? La abuela pensaba que si su niña estudiaba otro destino tendría, ¿pero cómo? Si ella no tenía ya nada más que ofrecerle.

Entonces pensó: “¿Por qué no llevo a mi princesa, mi niña querida, a donde José, mi hijo mayor? Él se juntó con una buena mujer, pero no han tenido hijos aún”. Y sin pensarlo más le dijo a Mirta:

—Mirta, mi niña, mañana nos vamos,
no me preguntes a dónde
pero segurito que llegamos,
alísta tu ropa domiguera
que el paseo de mañana espera.

Al día siguiente se subieron a la chiva amarilla del indio Omar y se fueron rumbo a la montaña, a una vereda de Buenos Aires llamada El Silencio. Llegaron sin avisar a la casa de José. Él se alegró de ver a su madre y le preguntó de inmediato quién era esa niña que traía de la mano. Entre tanto tomaron café, tostado y molido por él mismo en su finca, mientras se actualizaban de la vida de familiares y conocidos. Al pasar de unas horas, la abuelita le dijo a su hijo:

—Te voy a contar de esta niña que viene conmigo, es algo muy serio, pero no te sientas obligado a nada...

Ella es la hija de tu hermana María se llama Mirta, mi princesa, y es tan dulce y amorosa como un arrayán florecido.

Nosotras no tenemos cómo darle todo lo que ella se merece...





Sin mediar más palabras, Eliana, la esposa de José, quien entendió exactamente lo que la abuelita de Mirta quería decir, se levantó, se acercó a la niña y la tomó de la mano diciéndole:

—Dulce Mirta, bienvenida, aquí florecerás, de eso me encargaré yo, nada te faltará y, gracias a ti, ya nada me faltará tampoco a mí.

—¿Y tu qué piensas, José? —dijo la abuelita, sorprendida ante la escena. José de inmediato respondió:

—Por mí no hay problema, que se quede.

Así, Mirta inició una nueva vida, como si fuera una princesa a la que un hada madrina le había

dado un premio especial; ella sentía que esa hada era su abuelita.

La casa de Eliana y de su tío José era grande y había en ella cinco perros: Iscuilo, Tusta, Gusta, Violeta y Guardián; también había

un gato que se llamaba Lucio. Además, había gallinas, cerdos y una huerta casera. Mirta la pasaba de maravilla correteando por toda la casa en compañía de los perros y del gato. Eran sus tareas recoger los frutos y verduras que salían de la huerta.



Eliana y José estaban cumpliendo el sueño de la abuelita y habían puesto a estudiar a Mirta; Eliana estaba muy feliz con ella, le parecía una niña muy inteligente y era la principal interesada en que estudiara. Aprendió a quererla como si fuera su propia hija, una hija tímida, tierna y dulce.

Cada mañana Eliana despertaba a Mirta y ella esperaba un momento antes de salir de la cama, extasiada en su propio cuarto, mirando por su ventana el jardín que rodeaba a la casa. Luego salía de su cuarto y desayunaba café, arepas y huevos pericos con arroz. Varias veces a la semana Eliana la peinaba, mientras Mirta se divertía mirando las plantas que colgaban de las vigas de la casa y que parecían largos racimos de diminutos bananos verdes. Peinada con abundantes chakiras de colores, con trencitas que le recordaban a los racimos de bananillo y que colgaban de su cabeza hasta sus hombros, salía de la casa, entusiasmada por encontrarse con sus compañeras y compañeros de colegio.

Mientras Mirta caminaba contenta por el sendero, observando las vacas que pastaban en los potreros y los árboles cargados de mangos, aguacates y guamas, vio en la orilla una altamisa con pequeñas flores blancas. Mirta la acarició y le dijo: "¡Qué linda estás hoy altamisa!". Mirta imaginó que la altamisa le decía lo mismo. La primera compañera que se encontró se llamaba Abigail. Apenas se saludaron ella le dijo:

—¡Mirá, allá viene Jorge, jum,
quien lo ve ahí
ese se roba los colores del salón!

Mirta la miró y la ignoró, pensando: "Qué feo bochinche, eso no se hace".

Juntos Abigail, Jorge y Mirta continuaron su camino a la escuela. Después de caminar un rato salió a su encuentro Vladimir, quien era más alto y guapo que el resto de los chicos, o eso le parecía a Mirta, quien se hacía la que no lo veía. Siguiendo el sendero llegaron

Camila y Milena, que eran hermanitas y se peinaban igualitas. Más abajo, a la orilla de la quebrada, todo el grupo se distraía mirando la cantidad de pececitos que subían contra la corriente. Allí se echaron unas coplas mientras esperaban a Mariana y Mariza, que venían desde la loma del frente. De repente Vladimir dijo:

—De tu blusa quiero un botón,
de tu nombre el apellido
y de tu pecho el corazón.

No dijo para quién iba la copla, pero miraba a Mirta de reajo. A ella se le aceleró el corazón mientras trataba de ocultar su emoción.

El grupo, ya más grande, se dirigió a la escuela y llegaron todos en barullo mientras la profesora los esperaba. Mirta sacaba buenas notas, le gustaba leer sobre las ciencias naturales, en especial sobre el relieve, las plantas y la atmósfera. A la hora del examen contestaba rapidito y se sentía mal cuando sus amigas no podían alcanzarla. Por eso, se quedaba un ratico después de acabada la jornada y les ayudaba a estudiar matemáticas.

Un día de noviembre de 1985 las cosas cambiaron y, mientras la naturaleza destruía Armero, unos hombres destruían la tranquilidad de Mirta en El Silencio. Estos eran altos personajes, cargados de armas enormes que amedrentaban a toda la población. Su presencia amenazaba a niños y adultos, a mujeres y hombres.

Mirta y su grupo llegaron al colegio un día y descubrieron la cancha donde jugaban invadida por hombres armados. Al entrar al salón la maestra los saludó como de costumbre y les informó que los hombres armados mandaban a decir que los niños y niñas deberían

andar ahora en pequeños grupos, máximo de tres, para evitar ser confundidos con un grupo armado y ser atacados.

Mirta entró en pánico y se imaginó haciendo el largo recorrido de su casa al colegio ahora prácticamente sola. Ya Vladimir no le cantarían coplas, ni Jorge mataría a las culebras que asustaban a las chicas en



el camino. Incluso pensaba en Abigail, en no volver a escuchar sus fastidiosos chismes, y supo que hasta eso extrañaría. Mirta pensó: "¿Y si me encuentro un San Juanito florecido y lo quiero saludar, estas personas me dispararán?". El terror se apoderó de ella, ya no se

podía concentrar en las tareas. Ninguno de los niños podía. Atrás de las montañas se escuchaban explosiones y disparos. Con el pasar de los días los silbidos de las balas se hacían cada vez más cercanos y se podían ver agujeros en las paredes de las casas. Los helicópteros, como pájaros gigantes y ruidosos, anunciaban los enfrentamientos mientras sobrevolaban la vereda. A su llegada, el miedo se apoderaba de personas, familias y amigos. El tío José un día exclamo: "¡Mierda, se jodió esto!". Mirta se sintió invadida por el pánico al escucharlo. Ya no podía dormir; ni estudiar; sus notas ya no eran tan buenas. El grado quinto se le hizo muy difícil.

Un día en el que las ametralladoras rugían a su alrededor vio a gente salir en burros y bicicletas, huyendo de la vereda. Mirta vio a unas personas que se trepaban despavoridas a una chiva y, sin pensarlo, se subió, aunque no tenía una muda de ropa o algo que merendar después. Simplemente se fue con toda esa multitud y no miró atrás.

Así regresó Mirta a La Balsa, donde vivía su madre y su abuelita, donde la esperaba una vida muy dura. Eliana fue a buscarla, pero Mirta lloraba desesperada temiendo por su vida: "¡No quiero volver a allá, tengo miedo que me maten!" –decía entre lagrimas. José y Eliana resistieron en El Silencio hasta que pudieron, teniendo finalmente que salir de la vereda y, luego, se separaron.

Mientras tanto Mirta continuó en La Balsa, cuidando de sus hermanitos y trabajando; a veces sembraba caña, regando tacos



mientras su mamá los tapaba detras de ella. A veces sembraba yuca, regando los palitos en los huecos mientras su mamá los tapaba detras de ella. Estos cultivos no les pertenecían, solo trabajaban en ellos jornaleando. Era un trabajo duro y penoso.

Un día su tío Fernando le cedió a su mamá un pedacito de tierra para que sembrara su propia yuca. En este cultivo Mirta ayudaba a cosechar también: mientras su mamá recogía las yucas, Mirta las despucaba y las metía en bolsas para venderlas. Todos eran trabajos duros, que daban poco dinero y, así, Mirta, su mamá y sus hermanos pasaban muchas penurias.

Mirta no continuó sus estudios y una vez que murió su abuelita la vida con María, su madre, no fue nada fácil, ya que el sol en las faenas y los insultos y menosprecios de una vida empobrecida habían endurecido su piel y amargado su corazón. Así, entre lagrimas extrañaba mucho a Eliana y sus cariños en las mañanas. De repente, Mirta, aun siendo una niña, se encontró asediada por un hombre malvado, quien abusó de ella mientras estaba sola cerca de su casa. Su madre pensó que ella lo sonsacaba y solo le decía:

—Mejor no haberte parido
para tanto problema que me das,
sos avispada cuando te conviene,
cállate esa boca y no digas más.

Mirta no lloraba hacia afuera pero sentía un dolor intenso hacia adentro y pensó:

—Yo no pedí nacer, pero estoy feliz
de haber nacido,
y aunque para mi madre nada valgo,
para mí soy princesa de una abuela
que un día me quiso.

Años después, Mirta ya era una madre soltera, como lo fue la suya, pero sus hijos le daban felicidad, esperanza y el amor que no conoció de quien la había parido. En medio de esto, la violencia se apoderó de La Balsa y unos hombres armados acamparon allí e hicieron atrocidades. Mirta tuvo que ver cómo asesinaban a personas en el puente que atravesaba el río y el modo en el que sus cuerpos eran arrojados a las aguas. Ya ese lugar en el que su Abuelita le enseñó a barequear no era el mismo ante sus ojos.

También tuvo que ver cómo sus vecinos se iban de nuevo y cómo a otros los contaminaba la codicia y la violencia, incluso a algunos que le eran cercanos. También vio a otras personas, a mujeres, resistir y enfrentarse, y vio a la comunidad movilizarse para que no asesinaran a una buena mujer que ninguna falta tenía y que pretendían ejecutar basándose en mentiras.

En ese momento Mirta pensó “¿Por qué a mí de nuevo, por qué llega la violencia de nuevo a mi vida, como si me viniera persiguiendo?”.

Pero pronto comprendió que esa violencia les había llegado a todos y que resistir no era nada fácil. Ahora no sabía para dónde correr, no había para dónde hacerlo. Tuvo que aguantar, con miedo en su cuerpo y temiendo por sus hijos y por ella, ese terrible momento. Y ese momento también pasó.

En La Balsa quedaron personas que decidieron empezar de nuevo y levantar a la comunidad, sacarla adelante. Mirta pensó en sus hijos y, a pesar de que no pudo estudiar, quiso participar de todo aquello que se propusieran para reconstruir todo de nuevo. Así, se metió a una asociación de mujeres, todas fuertes y guerreras, con quienes se sintió de nuevo en comunidad y familia y pudo ir sanando heridas y buscando las posibilidades de un mejor futuro. También supo que ella no era tan fuerte que como cuando todas las mujeres estaban juntas y trabajando.

Ahora Mirta escribe sus recuerdos, los compone y los recompone, sanando su corazón y encontrando un lugar para expresar todo lo que siente. Primero que todo, siente que sus hijos y su nieta son el amor que necesitaba en su vida, la razón para seguir adelante.



En las mañanas, frente al sol, recuerda una canción que inventó con todo el sentimiento de su corazón:

*“Mis hijos son lo más preciado que yo he tenido
pues mi amor han correspondido.*

*Hoy, después de tanta humillación y sufrimiento,
sin darme cuenta mis hijos han crecido.*

Hay por Dios que los admiro, pues no salieron a la familia mía.

*Hay por Dios que los admiro, hay por Dios que los admiro,
hay por Dios que los admiro, hay por Dios que los admiro...*

*Por techo y comida fuimos humillados
y un mal ejemplo recibieron de la familia mía,
pero solo cogieron lo bueno
tal como yo les decía...*

*Hay por Dios que los admiro, hay por Dios que los
admiro, hay por Dios que los admiro, hay por Dios que los
admiro...*

*Mis hijos y mi nieta son mi más grande tesoro,
solo Dios sabe cuánto los admiro,
hay por Dios que los admiro, hay por Dios que los
admiro...”*





Un cuento original de Otilia Caracas





La princesa de El Silencio es un cuento inspirado en la vida de una niña que nació en el norte del Cauca, un departamento golpeado por todos los actores armados que han participado en el conflicto armado colombiano. La publicación de este relato hace parte de un trabajo que durante tres años realizaron la Asociación de Mujeres Afrodescendientes del Norte del Cauca y la organización internacional Women's Link Worldwide. Este proceso se materializa en el informe Voces Valientes y seis casos representativos presentados a la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición de Colombia sobre violaciones de derechos humanos, en medio del conflicto armado, a niñas y mujeres negras de la región. Esta vez son ellas quienes cuentan su verdad y la forma en que han resistido a la guerra, porque sin su voz la historia del conflicto colombiano seguirá incompleta.



Asociación de Mujeres
Afrodescendientes
del Norte del Cauca
"Ninguna de nosotras se nos fue este lado juntas"

women's **L I N K** worldwide



@asombuenosaires



@asombuenosaires



@womenslinkworldwide



@womenslink